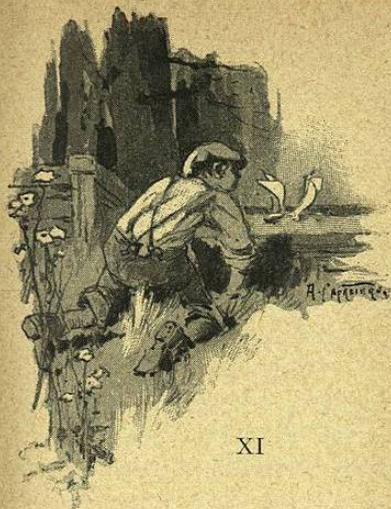


un picadillo de ti y too el que se presente...

Hervía *Tolete* de indignación. Cavila que cavila en sus soledades, había llegado á convencerse de que allí sobraba todo el mundo menos él y la señora. Lo que le traía á mal traer, era la presencia de una criada gorda que había venido de Nuvareda con los señores. Cada vez que se tropezaban, *Tolete* mascullaba algún dicho.

—¡La pandorga esa de la ciudad!...



XI

Todos en la casa andaban de puntillas. *Tolete* vagaba por los rincones mareado, como si tuviera en la cabeza todo el oleaje del Cantábrico. La *Mandila* y doña Socorro iban y venían de un lado á otro, atortoladas, y *Nolo* en el patio, se entretenía en ver navegar en la alberca barcos de papel. Ana, presa de una fiebre nerviosa cuya intensidad había alarmado al médico, permanecía en la cama delirando á ratos.

No tenía tiempo doña Socorro para fijarse en sus dolores. Nerviosa y agitada, extrayendo fuerzas, por arte del amor,

de las debilidades de su organismo, atendía á los enfermos sin darse punto de reposo. Tenía dentro de sí un mar de lágrimas estancado.

Llamóla aparte una mañana el médico. Se encontraron frente á frente, sin cruzar palabra unos momentos. Al ver el rostro meditabundo de don Laureano, comprendió doña Socorro que estaba puliendo, limando un pensamiento cruel, para presentárselo con delicadeza sin hierirla brutalmente... Habló ella primero.

—Lo adivino todo... Sólo nos queda la confianza en Dios, ¿no es eso?

—Así es, así es, por desgracia... La noche de ayer le hizo perder mucho terreno...

Cada vez que doña Socorro se acercaba al lecho del ciego, éste hablaba muy trabajosamente de Ana, de Numa. ¿Habría recibido éste la carta? ¿Cuándo contestaría? Era un gran muchacho. Tal vez vendría él mismo á Rocamar de un día á otro.

Don José ya no padecía el terror á la muerte. Fuera de la gran opresión en el pecho y de los dolores que le mortifi-

ficaban, todo lo veía de color de rosa. Pensaba en sanar, en levantarse, y en ir á comer una langosta en compañía de *Tolete*. Otras veces no pensaba en nada. La muerte le tenía lástima, y antes de darle el zarpazo, se complacía en animar á su víctima, despertándole las viejas ilusiones y la creencia en unas fuerzas soñadas.

Habló don Laureano de preparar al enfermo para el trance final, y doña Socorro tan luego como encontró camino ó vereda para comunicar á don José deseo tan triste, se decidió al fin. No se negó el magistrado á recibir el Viático; pero no creyó oportuna la ocasión. Más adelante. No estaba tan mal como se figuraban. Y no hubo medio de convencerle.

Al día siguiente halló doña Socorro á su esposo, lívido, tan alejado de la vida, que se estremeció de espanto. La muerte estaba allí, muy cerca. Aquel rostro tenía ya el sello de lo que no vuelve á animarse.

—Ahora sí, ahora sí, Socorro; *la* veo cerca, viene.—Y siguió hablando solo, mientras su esposa salió á ordenar que vi-

niera el cura. Cuando volvió, decía el viejo:

—No te apures, siempre está Él donde estás tú... Acércate. Creo, creo en Dios y en el dolor de tu martirio... Re-comiéndame á Él tú... y eso basta. Creo en el amor de tu pecho, y en tu bondad, Socorro, y al saber Él que voy de parte tuya, tal vez se apiade... Pronto será; pronto... Quiero tu perdón, tu perdón me basta... Sólo Dios y tú podéis perdonarme... Sólo tus súplicas podrán ablandarlo... Sólo las oraciones de tu alma tendrán fuerza para subir tan alto... Per-dóname tú, víctima mía...

Hubo un silencio. El drama refugióse en la soledad de las almas. Los dos viejos sollozaron abrazados. El mar también decía sus cosas bufando allá fuera.

—¡No, no; tú no me dejarás tan pronto, Pepe!—dijo doña Socorro en el paroxismo del dolor.

—Sí; no es pronto... ¡Ahora veo claro!—exclamó el ciego haciendo un esfuerzo supremo.—Veo bien tu aficción de toda una vida... ¡Has sufrido tanto por mi causa!... Ya que tanto has amado las miserias de tu Pepe, Socorro mía, sálvame ahora, perdonándome...

La anciana, entonces, serena, como investida de un sacerdocio sublime, levantó la frente arrugada que destellaba amor; acarició con manos temblorosas la cabeza de su compañero, empañada ya por las nieblas de lo eterno, y después de enjugarse los ojos con el pañuelo, siempre húmedo, dijo así:

—Ten valor, Pepe... No nos separaremos tal vez... Mi perdón nada vale, siempre le has tenido, como yo el tuyo... Confía en el cielo...

—Creo en él... tiene que haber un sitio para ti, para tus bondades... y es el cielo... ¿Y Ana?

No habló más. Se acrecentó la agonia. Seguida del médico, entró en el cuarto la servidumbre de la casa. Doña Socorro, en pie, con los ojos fijos, como vidriados, miraba sin ver la puntilla de una almohada en que descansaba la cabeza del moribundo. Obscurecía. Mientras el médico observaba á don José, la *Mandila* pugnó por sacar de la habitación á doña Socorro; pero fué en vano. Allí estuvo, fuerte como alma templada en el sufrir. Sintió la frialdad que iba poco á poco robando la vida del viejo,

y le oyó respirar levemente por última vez.

Cuando llegó el señor cura, era ya tarde. Doña Socorro salió de la alcoba apoyada en los brazos robustos de la *Mandila*. Momentos después, una criada abrió de par en par la ventana del cuarto. Por ella se colaron de rodón todas las delicias del campo y del ambiente. Las brisas del mar también entraron; ya no molestaban.

Veló el cadáver el fiel *Tolete*. Envuelto en una vieja manta, sentado en un rincón, pasó la noche con la blanca cabeza descubierta inclinada hacia la tierra; y debajo del pelo canoso no dejaron de rebullirle muy hondas cavilaciones. Allí á solas, á la vera del *amo*, que ya no charlaría con él nunca, más de cuatro lágrimas de las pocas que habían vertido sus ojos, bajaron lentamente á escabullirse entre las púas, ya muy viejas, del bigote. La muerte de don José dejó á *Tolete* tan apesadumbrado y afligido, que en más de un mes no cesó de repetir á solas esta frase: ¡No somos, cristóle!

Al lado del cadáver no se atrevió á

fumar en toda la noche; á eso de las tres y media de la mañana vino *Nolo* á hacerle compañía. Ya la aurora apuntaba, esfumando su resplendor rosado en la obscuridad del cielo. La brisa del amanecer estremecía levemente las copas de los árboles, anunciando á los pájaros dormidos que era ya hora de estar despabilados, y de salir cantando á saludar al sol, que no tardaría en aparecer espléndido y amoroso, dispuesto á secarles las alas, húmedas aún por el rocío de la noche. Del lado del mar oíase el bramido ensordecedor del Cantábrico, como voz ronca expelida por un pulmón inmenso, que exhalase sobre la tierra una espantosa amenaza sin palabras. En esas horas del alba, cuando en la tierra todo es dulzúra y misterio, daba miedo pensar en aquel monstruoso gigante que rugía intranquilo allí cerca, como si estuviera mal á gusto en su lecho, y pretendiera con indomable rebeldía lanzarse sobre la tierra, agitando mil lenguas maldicientes y mil brazos destructores...

*Tolete*, en cuanto vislumbró la claridad del día, abrió la ventana, sin temor al fresco del amanecer, para que saliera

el tufo de los cirios que ardían al lado del cadáver. *Nolo*, aterrado, sin pestañear, ni atreverse á respirar apenas, contemplaba los restos de don José, á respetable distancia.

—¿Cuándo le entierra el cura?— se aventuró á preguntar tímidamente.

Y *Tolete*, que acodado en la ventana, miraba las sombras del jardín, volvió la cabeza vivamente hacia el pillete, y dijo con brusquedad:

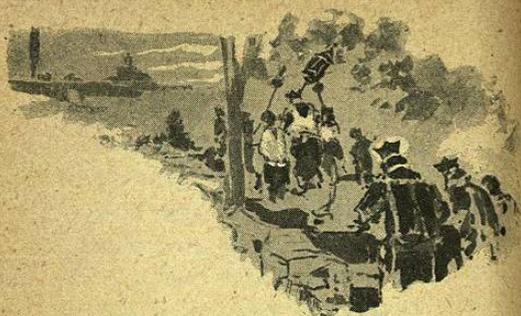
—¡Lo que está ahí na vale... don José too está allá arriba... y chitón!

No tardó doña Socorro en venir al lado de su esposo muerto. Rezó más de una hora, y meditó en silencio. En aquel mismo cuarto con vista al jardín, habían pasado sus días de noviazgo, su luna de miel. Las plantas sombrías, oscuras, las enredaderas de hoja menuda, la parra trepadora que escalaba la pared hasta llegar á los cristales, habían presenciado sus horas de amor y de deliquios; y allí fuera estaban todavía año tras año arrojando las hojas y esperando primaveras... Doña Socorro, abismada en sus melancolías, salió á la ventana, respiró el aire libre, y luego, separando un poco la vis-

ta de las cosas de adentro, miró al cielo aun algo obscuro y sembrado de estrellas pálidas: nunca le pareció tan grande, tan inmenso, tan protector; y con la energía que suelen dar las grandes penas tuvo fuerzas para rezar al cielo con oraciones propias que le brotaban límpidas del fondo de su espíritu.

—¡Dios mío, Dios mío, guárdale, guárdale en tu seno y has de amar su alma... la pobre!...





## XII

—Cuidado, cuidado que Ana no oiga las pisadas...—dijo doña Socorro.

Con una fortaleza increíble dirigió la operación de bajar el ataúd á la hora del entierro. Cuatro mocetones, que iban descalzos para evitar el ruido que pudiera oír Ana, que nada sabía, posaron la caja en un banco de piedra del jardín. Dos curas esperaban en la carretera, y dada la señal de marcha, los marineros volvieron á cargar con el cadáver. El entierro, á poca distancia de la casa, dejó el camino real y tomó una vereda no muy ancha que iba hasta el cementerio, que

se distinguía á lo lejos por un ciprés elevadísimo, que asomaba por encima de una tapia. Doña Socorro, en tanto, apagó los cirios de la habitación de su esposo, quitándoles el pábilo con un paño mojado. Había hojas de laurel esparcidas por el suelo. Acercóse á la ventana y pudo ver el último viaje de su pobre ciego. Iba el entierro por la tortuosa vereda como una culebra abigarrada, que se escurría por entre sebes y prados. Resignada y serena, comprendió lo que era la vejez solitaria. Ya sobraba ella aquí; poco á poco todos los suyos habían llevado aquel camino, hacia el ciprés gigante. Todo quedaba atrás. Sólo ella se mantenía en pie, entre cenizas, paseando la corona plateada de sus canas, y el corazón ajado al calor de tantos amores... La culebra seguía deslizándose. El viejo se alejaba.

—¡Todo acabó, todo acabó, Dios mío!... Pero ahora empezará esa niña...

Recordando á su hija, que seguía aletargada por la fiebre, sin darse cuenta del despertar que la aguardaba, acudió á su alcoba. La *Mandila* estaba á la puerta.

—¿Está tranquila?

—¡A veces habla la probe!...

Ana estuvo cuatro días más en la cama. Al fin volvió la salud á su cuerpo. Parecía entrar en una vida nueva; las fuerzas que llegaban debían de ser otras, más dulces y alegres que las de antes, porque ahora todo lo veía agradable y sonriente, y la nueva vida traía consigo goces infantiles. Más que convaleciente, Ana parecía una recién nacida... de diez y siete años. Hablaba de levantarse para ver á su padre, y ni siquiera notaba en el amargo semblante de doña Socorro, el reflejo de una pena inmensa.

Cuando llegó á levantarse, prohibieronla salir del aposento en unos días: y entonces presentóse *Nolo* en la escena, porque nada había como él para distraer á la señorita; y jugaban juntos con cartas de baraja, levantaban palacios con fichas de dominó, y tan pronto riñendo y correteando con *Nolo*, como sentada en un sillón contándole cuentos, Ana, en aquellos días apacibles, realizó un viaje á la niñez pasada... Ni una palabra se le escapó á *Nolo* acerca de la gran desgracia.

Doña Socorro temblaba al pensar en el efecto que la noticia produciría en su hija, que hablaba de don José como si estuviera sano y bueno...

Una mañana muy temprano, sintiéndose fuerte y ágil, decidióse la muchacha á sorprender al ciego, presentándose en su habitación sin que nadie lo sospechara, y aprovechando un instante en que la dejaron sola, salió del cuarto despacito, casi aleteando, bajó la escalera la muy pícara, y entró sin ser vista en el dormitorio de su padre. Todo estaba en orden. La cama vacía, la ventana abierta.

—Se ha levantado, y nada me han dicho...—dijo alegremente.

Vió en el suelo muchas gotas de cera; pero nada entendió de lo que le decían... Oyó allá arriba la voz de *Nolo*, que gritaba:

—¡La señorita no está aquí!

Fué á salir Ana, y en la puerta vió á su madre más blanca que la nieve. Los ojos alegres miraron fijamente á los tristes; éstos hablaron, y aquéllos leyeron de corrido la dolorosa historia. Ana sintió un dolor como si le aplicaran un hjerro

enrojecido en una llaga ya cerrada, y cayó en los brazos de su madre...



Seguían en Rocamar los días de sol, como la bendición de Dios sobre el mar y la tierra. Los marineros no reposaban, porque la pesca era abundante y había



que aprovecharse. Diez ó doce lanchas salían diariamente á la pesca del bonjto, y Ana entreteníase desde el balcón en verlas alejarse ó llegar, con las velas hinchadas por el viento fresco...

*Tolete* entregó un día á doña Socorro una carta. Impaciente y nerviosa miró el sobre, dirigido á ella; abrióla. Era de Numa. La leyó, y al principio no pudo dominar un movimiento de indignación; después quedó tranquila. En nada con-

testaba la carta á la de don José. Palabras frías, corrientes, de pésame, «resignación cristiana para soportar tan irreparable pérdida, etc.» De *aquello* nada; ni un vislumbre.

— Tal vez sea mejor así... — dijo tristemente doña Socorro. — ¡Qué diría Pepe si leyera esto!...

Buscó á Ana y le entregó la carta.

— Me lo decía el corazón, — dijo. — No me importa... ¡Dios mío! pero ¿y tú?...

— Déjame á mí, niña... Dios lo prevé todo.

— ¿Sabes tú lo que somos? — preguntó Ana sollozando.

— Somos muy pobres... Lo sé.

— Vivimos en casa de Numa... Esto ya no es nuestro...

— Mañana mismo le dejaremos lo tuyo, niña. Dame un beso y pide á Dios esperanzas...

Los caballos de un coche que estaba parado á la puerta de la quinta, pateaban impacientes el polvo de la carretera.

— Un abrazo, *Mandila*, — dijo Ana sonriendo.

Y se abandonó en los brazos rudos de la marinera, que no sabía más que apretar con fuerza, y decir llorando:

—Angelín de Dios, angelín...

A *Tolete* no hubo modo de verle la cara. Andaba dando traspiés alrededor del coche, tosiendo y soltando resoplidos, como un perro acatarrado.

Ana le tocó en el hombro para decirle adiós, y entonces habló así sin mirarla:

—Y ¿hasta cuándo?...

—Hasta siempre, *Tolete*... Ya no volveremos...

—¡Cristole!... Eso no debía de icirse siquiera en groma... Haiga salú, señoritas.

Vió Ana una tristeza tan honda en los ojos del viejo lobo del Cantábrico, que se apartó de él acongojada... ¡Pobre *Tolete*!

Cuando iban á subir al coche, llegó *Nolo* sudoroso y jadeante, dando gritos.

—¡Toavía no, diosla!... ¡No arrear!

Traía una cestita llena de mariscos para Ana, que le besó cien veces.

—¡Adiós, adiós!

Comenzó á correr el coche. La casa de Rocamar, morada solitaria de los recuerdos viejos, no tardó en desaparecer

ante los ojos de doña Socorro, como una cosa viva que se muere, como unos restos más que había que enterrar también. Y al recordar quién sería en adelante el poseedor de aquellas reliquias de su vida, que estaban en toda la vivienda, en las grietas de las paredes, en las cortezas de los árboles, en el papel de las habitaciones, en los nudos del entarimado, lloró silenciosa, más que con los ojos, con todo el rostro, como lloran los ancianos... Miró al mar, que aun se veía, y dijo á Ana:

—¡Ya estamos solas, niña, ya estamos solas!...

*Noviembre-Diciembre, 1895.*

